

tantos que se van, ni el ruido de sus pasos, ni el aleteo de sus alas; reasumiendo en estas bellas palabras de la Escritura, las últimas funciones del organismo:

»Océano, no irás más allá.»

Felicidad buscar en este mundo, en donde cada suspiro es una plegaria muda salida del corazón; y cada cuadro que se nos ofrece á la vista, un cúmulo de miserias humanas, pedazos de realidad: ejemplo desgarrador de las amarguras, eternamente doloroso, porque al fin, es profundamente humano; por esta razón Beethoven es para mí el gigante de las armonías, el atleta avasallador de las notas, porque cada una de sus producciones, inspirada en el mísero fin de la existencia, bajo los rudos golpes del destino, traducen el eco brutal del sufrimiento arraigado en las entrañas del celoso, y comunicado á su poderoso armonium con teclado de granito; capaz de emocionar y detener el raudó vuelo de las esferas, en su eterno revolotear por las frías y silenciosas soledades del vacío, hubiera sido una quimera; era, pues, necesario para D'Alembert, antes de recurrir al visionario crepúsculo del ensueño, tocar la soberano dualidad del ser encerrado en las potencias de su actividad: la inteligencia y el corazón; para ascender al ansiado regazo que le prodigará su amorosa madre: La Ciencia; amamantándolo, en vez de rechazarle; lo sostiene en su veloz carrera por esta frágil nave de las desgracias, en lugar de lanzarlo á la vorágine del infortunio; acariciarlo en vez de golpearlo con el duro martillo de la ingratitud; serenar el empañado cielo de sus recuerdos, sin desatar la torva tempestad de las decepciones; y ella, la ciencia, le recoge, le ofrece una tierna sonrisa, y un dulce beso sella la frente del hijo predilecto que inmortaliza; y lo lleva á habitar á esas serenas regiones donde encuentra que brillan y palpitan corazones como el suyo, germinan y maduran ideas como las de los videntes, y que recorriendo todos los señoríos, se nos presenta ser to-